

La política internacional: Entre la realidad y el gatopardismo

RICARDO SÁNCHEZ
ÁNGEL

Doctor en Historia
Profesor
Universidad Nacional

La política exterior del Estado colombiano se está modulando desde el nuevo gobierno del presidente Juan Manuel Santos y la canciller María Ángela Holguín en una dinámica de cambio y continuidad en relación al gobierno de Álvaro Uribe.

La situación de Colombia era insostenible en el ámbito internacional. Su enfrentamiento con Venezuela llegó hasta la decisión de la guerra, lo cual no se produjo por no contar con el visto bueno del gobierno de los Estados Unidos, tal como ha sido confirmado por las revelaciones de Wikileaks. Con Ecuador el repudio fue de la totalidad de Estados del continente a la invasión del ejército colombiano a este país vecino en el 2008.

El deterioro se incrementó con Bolivia, Argentina, Brasil y Nicaragua. Iniciativas en la región como la de Brasil de crear la UNASUR fueron mal vistas por el gobierno de Uribe Vélez y su presencia fue solo protocolaria.

La mayoría de la comunidad internacional censuró la violación de los derechos humanos en el país, los crímenes, la crisis humanitaria de desplazados, la instauración de los métodos de Estado policía, la parapolítica y la persecución al sindicalismo y la oposición política.

La profundidad del aislamiento del gobierno del presidente Uribe Vélez se puede resaltar en la paradoja de que al mismo tiempo que era el favorito del gobierno imperial de la derecha de George W. Bush, recibió la sanción moral-política del Congreso de los Estados Unidos, al rechazar la aprobación del Tratado de Libre



Dstrucción vía las Palmas. Antioquia.

Comercio, señalando los crímenes a sindicalistas y toda clase de violación de los derechos humanos.

Nunca en la historia de Colombia se había vivido una situación de repudio a un gobierno en la arena internacional, ni siquiera durante el cuatrienio del presidente Turbay Ayala. Los movimientos de derechos humanos de la más disímil condición denunciaron el autoritarismo del presidencialismo bonapartista del gobierno de Uribe. Internamente la resistencia al gobierno Uribe fue importante en estos aspectos.

Lo decisivo de la política internacional fue la *Neo Respite Polum*, la servidumbre voluntaria a los Estados Unidos en la formulación de Bush II de “guerra preventiva contra el terrorismo” y el apoyo a la invasión a Irak y Afganistán para vergüenza de Colombia.

Así las cosas, el nuevo gobierno del presidente Santos, heredero y partícipe de esa desastrosa gestión, decidió introducir cambios en búsqueda de superar el aislamiento y relegitimar la presencia del Estado colombiano en la arena internacional.

Determinante en esta decisión fue el cambio de presidente en los Estados Unidos en que el nuevo mandatario Barack Obama prometió un retorno al multilateralismo en reemplazo del unilateralismo como una manera de enfrentar el pantano de la presencia de Estados Unidos en Afganistán y en Irak. Además de atender la creciente crisis económica doméstica e internacional.

Se restablecieron entonces las relaciones diplomáticas y comerciales con Venezuela y Ecuador, en que todas las partes pusieron su cuota de sensatez y realismo. La coexistencia de Estados de distinta orientación política es la perspectiva que se debe consolidar y que los internacionalistas y demócratas hemos defendido.

La verdad munda
y lironda es que lo
esencial de la política
internacional del
gobierno Santos está
en la dirección de la
Estrella Polar, de los
lineamientos de los
Estados Unidos.



Pero, el gobierno del presidente Santos acentuó con petulancia su distancia de Bolivia y ha dejado en la inercia el conflicto con Nicaragua con una visión parroquial de los conflictos fronterizos. Una de las primeras decisiones del gobierno anterior fue el cierre de varias embajadas, entre ellas, la de Haití. Hace un año –a raíz de la destrucción de buena parte de la nación hermana– se anunció la ayuda de Colombia como parte de la solidaridad internacional. Una vez electo, el presidente Santos se reunió con el mandatario Preval en visita a Haití y pidió en las Naciones Unidas mantener el apoyo internacional. Todo en un marco retórico.

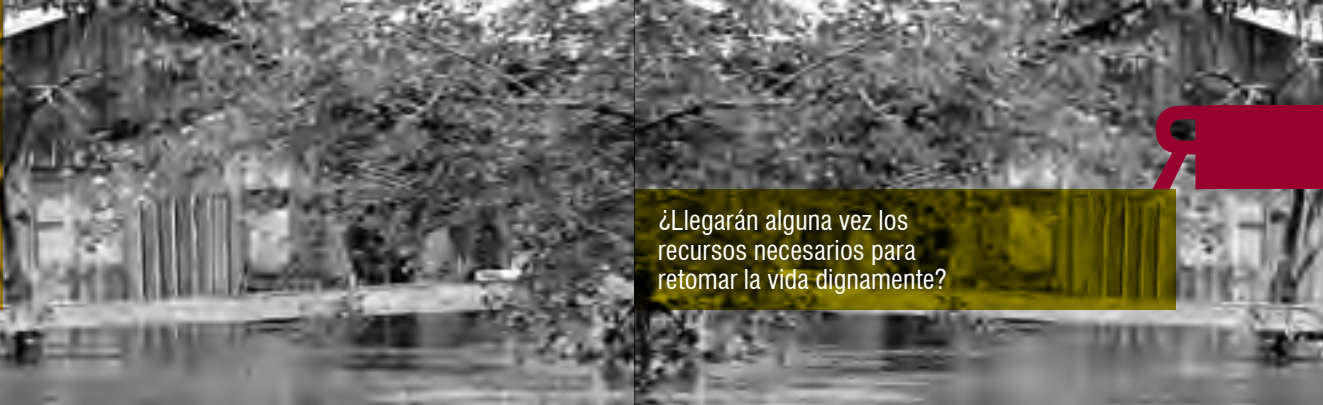
Las ventajas comparativas de sumarse a procesos de integración económica, de dinamizar los diálogos culturales, de plantearse la ciudadanía común latinoamericana no están al rden del día.

El nuevo gobierno debe dar el paso elemental de superar la sanción racista del anterior y reanudar la presencia diplomática plena con la apertura de la Embajada en Haití y una delegación educativa, cultural y de salud de alto nivel ojalá compuesta por nuestros mejores profesionales afrocolombianos.

No es sumándonos al plan de reconstrucción neocolonial ni apoyando la intervención militar de las Naciones Unidas ni legitimando elecciones fraudulentas y gobiernos corruptos como se cumple con la dignidad para Haití. El propio pueblo haitiano está repudiando la intervención de la Minustah y denunciando la demagogia de la ayuda internacional.

Uno de los mayores problemas que afectan todo el derecho internacional de la paz y la autodeterminación nacional lo constituye la agresión genocida del Estado de Israel al pueblo y la nación Palestina. Es un exterminio de grandes y graves consecuencias a la vida y la dignidad humana. El gobierno palestino ha solicitado a la comunidad internacional el reconocimiento de un Estado palestino y distintos países lo están haciendo. En América Latina Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Cuba, Nicaragua. De manera significativa el gobierno de derecha de Sebastián Piñera en Chile lo acaba de anunciar.

El gobierno colombiano por boca de su canciller María Ángela Holguín ha declarado –en una singular interpretación de la postura de las Naciones Unidas– que solo se reconocerá a Palestina como Estado independiente cuando se logre



¿Llegarán alguna vez los recursos necesarios para retomar la vida dignamente?

la paz (*El Tiempo*, Enero 1 de 2011). Cuando es al revés: ¡Es el reconocimiento del Estado Palestino lo que constituye una contribución a la paz! Rectificar esta postura posibilita credibilidad al anunciado multilateralismo de Colombia.

La verdad monda y lironda es que lo esencial de la política internacional del gobierno Santos está en la dirección de la Estrella Polar, de los lineamientos de los Estados Unidos. En el nuevo gobierno se mantiene la presencia militar norteamericana bajo distintas modalidades. La articulación entre lo político y lo económico en las relaciones internacionales de Colombia es tradicionalmente pronorteamericana. Así sucedió en los últimos ocho años, y así lo promueve el actual gobierno. La presencia del capital multinacional, estadounidense y europeo, domina amplios renglones de la economía y se beneficia del comercio exterior. La deuda externa con las entidades financieras succiona el presupuesto nacional (Ver *El Enigma de la Deuda Externa*, Revista Izquierda, No. 6, noviembre 2010).

La política aperturista, globalizadora, de libre comercio, beneficia al capitalismo extranjero y le da primacía a los intereses norteamericanos. El modelo de recolonización en base a la explotación aurífera, minera, petrolera y del gas, de las grandes plantaciones extractivas y de otros recursos consolida un cuadro de desnacionalización de la sociedad colombiana.

En relación con la unidad de Nuestra América, la aceptación del orden internacional vigente por parte del gobierno Santos no significa avances reales. Se destaca el cambio de actitud frente a UNASUR, pero no hay nada que rectifique el libre comercio desintegrador y neocolonial. Los pactos integradores como la Comunidad Andina de Naciones (CAN) están anémicos, si no agónicos, y con el ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) no hay ningún acercamiento. Las ventajas comparativas de sumarse a procesos de integración económica, de dinamizar los diálogos culturales, de plantearse la ciudadanía común latinoamericana no están al orden del día.

Asuntos tan graves como el narcotráfico, que debe ser tratado en común por los países andinos, México y otros para encontrar soluciones que superen las violencias, se eluden. Se prefiere mantener la adopción de la política prohibicionista de los Estados Unidos.

En relación con la unidad de Nuestra América, la aceptación del orden internacional vigente por parte del gobierno Santos no significa avances reales.

